



“Las hormonas, el pensamiento sexual y el amor”.Ed. Edilesa. León 2007

UN LIBRO SUGERENTE

Quienes casi estamos ya para “sopitas y buen vino”, (incluso ni lo segundo), no nos queda otro remedio que intentar controlar la salud, riqueza primordial de la vida, aunque muchos piensen que el dinero es una ayuda imprescindible para nuestra subsistencia.

Afortunadamente poseo la gran suerte de tener cerca a un gran profesional de la medicina que vigila mi salud, tanto física como en muchos casos anímica. El Doctor **Suárez-Lledó** logra que al salir de su consulta mi estado psíquico emerge con una inyección de fortaleza moral indispensable para seguir navegando por este, llamado por los creyentes, “*Valle de lágrimas*”.

Sin ánimo de aburrir, y concretando, este ilustre doctor, haciendo alarde de sus muchas cualidades entre las que se encuentran su humanidad y profunda labor de investigación, se ha aventurado a escribir un libro con un título tan sugerente como “**Las hormonas, el pensamiento sexual y el amor**”, ¡Nada menos ni nada más!

Como además me honra, con ser un admirador de mi forma escultórica de representar a la, para mi, diosa de la naturaleza, la mujer, pues en el capítulo primero de su obra, ha tenido a bien citarme de una forma muy halagadora, mi quehacer escultórico con respecto al género femenino, algo que desde estas líneas agradezco con sinceridad y de lo cual me enorgullezco.

ras, sin dejar de apreciar el volumen mamario, mientras en Europa, sobre todo en los pueblos del sur de Europa, al igual que en Hispanoamérica, nos gustan las señoras con buenas caderas, buenas nalgas y muslos, sirven de ejemplo la “*Venus del Espejo*” de Diego Velázquez, el “*Desnudo de Mujer*” de Joaquín Sorolla o la “*Muchacha en la Ventana*” de Dalí. El atractivo de las mamas va aquí desde la histórica versión de las estatuas griegas en las que estas eran más bien pequeñas y suavemente troncocónicas, a un volumen algo menor del gusto norteamericano. La escultura de Jesús Trapote, con mujeres de evidente distribución ginoide, con grandes caderas, nalgas y muslos, de hombros mucho menores que las caderas y mamas esferoidales, no muy grandes, pero evidentes (“*Joven de Sabana Blanca*”, “*Sensualidad*”, “*Aquella Chica*”, “*Placidez*”, “*Poderío*”, etc.), en una interesante armonía estética constituye la expresión hiperbólica del prototipo cultural europeo con la idealización propia del artista, que trasladada a lo físico lo espiritual del tierno sentir de la femineidad estrógeno-dependiente, haciendo que, cada obra, transmita al espectador la sensación de que lo que contempla es un ser femenino ingenio, tierno, necesitado de protección y no concupiscente, es decir: el prototipo de la mujer maternal, cuyo ideal masculino no tiene o muy escasamente tiene que ver con lo físico-genital y sí con las cualidades protectoras hacia ella y, sobre todo, hacia sus hijos, que exhibe el caballero. Esta interpretación no es vana; las mamas son relativamente pequeñas en contraste con el gusto americano por las mamas grandes. Las mamas tienen tanto más depósito adiposo cuanto mayor es el nivel circulante de andrógenos (hormonas masculinas), de modo que las grandes mamas, cargadas de grasa no tienen consistencia suficiente y tienden a ser péndulas y no esféricas. Los andrógenos igualmente hacen depositarse la grasa en el tronco haciendo disminuir o desaparecer la cintura por depósito de grasa abdominal, dando lugar a la forma de tonel, similar a la obesidad masculina, por su parte, los hombros y la musculatura del tronco resultan ser tanto más desarrollados cuanto mayor es el nivel de andrógenos y estos condicionan, además, a su vez, el deseo sexual y el temperamento más o menos ardiente de la mujer, por ello, de la distribución de la grasa y la musculatura, se puede deducir su temperamento sexual.

Sin embargo, es cierto que, en cuanto a gustos personales no hay reglas fijas y entre unos y otros hombres de una misma cultura existen grandes diferencias. Al fin y al cabo, cada Homo sapiens sapiens elige a su “*miss mundo*” para convertirla en esposa y su deleitosa admiración no se reduce a la mera contemplación de formas, sino que se complica y eleva en fantasear lo que esas formas prometen y analiza lo que sus modos de hablar y moverse le auguran. Ello se debe a que el macho de la especie humana es también un ser inteligente, individual, personal con gustos propios que derivan en parte de su base organobiológica hormonal y en parte de su propia personalidad y filosofía de la vida, incluida su propia